

► 1 Noviembre, 2016





► 1 Noviembre, 2016

GITANAS PIONERAS

Estas 4 mujeres han sido las primeras de sus familias, y en algún caso de sus localidades, en ir al instituto y a la Universidad

GADEA G. UBIERNA / BURGOS
Lola Romero, Carmen Jiménez, Rosario Lozano y Carmen Félix son las cuatro primeras gitanas que preparan estudios de posgra-

do con una beca Luis Sáez. En estas páginas explican por qué se les atribuye el calificativo de pioneras en el titular y cuáles fueron las razones por las que se atrevie-

ron a romper con la tradición de un matrimonio precoz y a no conformarse con el papel de esposa y madre dedicada a la casa que, se suponía, iban a asumir.

Cada una de ellas ha recibido una ayuda económica mediante la que pueden asumir los gastos de desplazamiento, alojamiento, manutención y matrícula en una

Universidad de Castilla y León. Este último era requisito indispensable para poder entrar en este programa de promoción de las mujeres de la etnia, que gestiona

CARMEN JIMÉNEZ BORJA • VALLADOLID, 26 AÑOS

«EL MATRIMONIO ES EL PRINCIPAL OBSTÁCULO»

G.G.U. / BURGOS

Carmen Jiménez puede decir con la cabeza muy alta que ha sido una pionera en Medina de Rioseco porque fue la primera gitana en matricularse en el instituto y, sobre todo, por volver al pueblo con una licenciatura en Derecho por la Universidad de Valladolid. «Ahora, los padres les dicen a los niños que tienen que estudiar como la Carmen. La comunidad me valora y me respeta muchísimo», afirma.

Pero no siempre fue así. Ella siempre tuvo claro que no quería conformarse con el papel de amas de casa que habitualmente se les asigna a las mujeres gitanas y cuando llegó el momento de pasar a Secundaria, sus profesores hablaron y mediaron con sus padres, que la apoyaron. «Mi padre me dijo que no me preocupara de nada, que me centrara en estudiar y que del qué dirán, ya se encargaba él», afirma Jiménez, matizando que el haber tomado esa decisión tam-

bién fue duro para sus padres. «La comunidad gitana no lo veía bien. Mis tíos, mis familiares decían que no podía ir al instituto, decían que como gitana moza me tenía que pedir. No entendían lo que hacía y mi padre también ha recibido muchas críticas, pero hemos sido fuertes y nunca nos hemos echado para atrás», dice.

La situación en Medina llegó a ser tan tensa que su abuelo, el patriarca, tuvo que interceder. «Dijo que ya era hora de

«Pidieron mi mano dos veces y mi padre, que dijo que no, también ha recibido muchas críticas»

que la comunidad gitana cambiara y que si la niña quería estudiar, adelante. Callaron todos y pude seguir», cuenta, añadiendo que eso no significa que el resto fuera un camino de rosas.

Mientras hacía Bachillerato su padre recibió dos peticiones de mano, que tuvo que rechazar porque el matrimonio no era la prioridad de Jiménez y tampoco la llegada a la Universidad allanó el camino. «Primero, porque no conocía Valladolid y no sabía cómo moverme y, segundo, porque en la facultad me sentía muy diferente. Nunca me han discriminado, pero tampoco podía ser yo misma: allí no podía hablar en caló porque eso iba a espantar a mis compañeros y en casa tampoco podía hablar de forma que se alejara, porque iban a creer que me estaba desviando», explica esta joven, que siempre ha tenido que nadar entre dos aguas y rendir académicamente para que el Estado no le quitara la beca de estudios.



LOLA ROMERO JIMÉNEZ • JAÉN, 28 AÑOS

«ABRÍ LA VEDA, MIS PRIMAS CHICAS QUIEREN SER COMO YO»

G.G.U. / BURGOS

Lola Romero pasó su infancia y buena parte de su adolescencia viajando con su familia tras la cosecha, una vida nómada que le obligaba a asumir «una escolarización un poco extraña» pero que, sin embargo, no fue obstáculo para que aprobara todos los cursos en tiempo y forma. «Nunca repetí y eso me motivaba más todavía a hacer el curso como los demás niños», explica, antes de recordar que cuando iba a empezar tercero de la ESO consiguió el permiso de sus padres para quedarse con su abuela en Jaén. «Ya empecé a estudiar bien y a sacar muy buenas notas, así que al terminar cuarto les dije que quería seguir con el Bachillerato. Y muy bien», recuerda esta joven, que al apoyo que había encontrado en sus padres hasta ese momento pudo sumar la libertad que le daba ser la cuarta de cinco

hermanos. «Yo no tenía las responsabilidades de otras mujeres con las tareas del hogar o el cuidado de los hermanos pequeños, así que pude seguir», apunta.

Algo más complejo fue, sin embargo, el momento en el que trasladó a su familia que quería ir a la Universidad para estudiar Administración y Dirección de Empresas. «Se preocuparon porque soy de un pueblo y me tenía que ir a la ciu-

«Mi familia confió en mí porque les dije que en la Universidad iba a respetar la tradición al máximo»

dad, pero les dije que podían confiar en mí, que no iba a dejar de ser gitana y que iba a respetar la tradición al máximo, así que me dieron un voto de confianza», recuerda, añadiendo que «saqué la carrera en los cuatro años y no fueron todo sobresalientes, pero no me costó trabajo».

Se licenció en 2010 y un par de años después empezó a trabajar en una empresa. «Pero las condiciones eran malas, no podía aspirar a nada y el pasado febrero lo dejé». Cuando volvía a plantearse qué hacer con su vida, se enteró de la posibilidad de estudiar un posgrado con una de las becas Luis Sáez «y me vino como anillo al dedo, porque quería hacer un máster». Dado que las bases estipulan que debe cursarse en Castilla y León, empezó a buscar en Salamanca «pero yo quería hacer un MBA (máster en administración de ne-





• Ahora inauguran el programa de becas de posgrado Luis Sáez, posible gracias a un legado de 284 obras

la Fundación Secretariado Gitano desde que hace más de un año uno de los hijos del pintor Luis Sáez, Javier, decidiera donar 284 obras de su legado a este cometi-

do. Al proyecto se sumaron hace unos meses la Fundación Universidades y Enseñanzas Superiores de Castilla y León (Fuescyl), dependiente de la Consejería de

Educación, y la Fundación Villalar, con una subvención que completará los fondos obtenidos a través de las ventas de óleos, grabados, dibujos o bocetos del legado.

Mediante las obras de arte se recaudaron alrededor de 50.000 euros hasta el pasado verano, una cantidad que permitió poner en marcha la primera convocatoria

de becas, de 11.000 euros como máximo. Una de las beneficiadas renunció, pero las otras cuatro continúan con su propósito y aquí explican los porqués.

ROSARIO LOZANO FERNÁNDEZ • PALENCIA, 31 AÑOS

«FALTA DESEO DE NO CONFORMARSE»

G.G.U. / BURGOS

La palentina Rosario Lozano no solo tuvo claro que quería estudiar, sino que sabía que quería prepararse en una materia que le permitiera «hacer algo por mi colectivo, por la comunidad gitana». Así, se matriculó en Integración Social y, continuación en Educación Primaria porque «creía que si apoyábamos desde niños en la parte educativa, realmente se solventarían la mayoría de los problemas que van vinculados a marginalidad», dice.

En ese camino, siempre ha contado con el respaldo de sus padres. «Siempre lo entendieron. Mi hermana, de hecho, ha empezado este año Enfermería y eso que tiene un bebé. Hemos sido afortunadas», explica Lozano, que está preparando el máster de Investigación en Psicología y Ciencias de la Educación en León con la intención de preparar un doctorado. Así, desde la perspectiva que le da su trayectoria académica y profesional como orientadora en la Fundación Secretariado Gitano, cree que entre

las últimas generaciones ha habido un punto de inflexión fundamental: «Antes era una elección, y ahora estamos obligados por ley a matricularnos hasta los 16 años».

Y considera que ese paso irreversible irá cambiando las cosas poco a poco. «Aunque estamos en un momento en el que los datos dicen que un 60% de la población gitana no termina con éxito, la ESO es decir, que seis de cada diez lo dejan antes, hay un 40% que sí lo hace». En esa tasa de abandono escolar influye, a su juicio, la incorporación tardía de la etnia gitana al sistema -«no hace ni cincuenta años»- y la responsabilidad tanto del centro y de las familias como del individuo, que tiene que poner la parte de estudio personal.

Y a estos factores añade el devenir de la sociedad, que no va a dar otra alternativa. «En mi familia hay muchos chicos y, sobre todo, chicas cualificándose porque hay que tener una profesión. Y no hace falta que todas las gitanas seamos universitarias, pero sí que tengamos una cualificación profesional



que nos permita ganarnos la vida», explica esta mujer, que desea que muchas más jóvenes sigan la senda abierta. «Falta un poco de iniciativa por parte de las propias chi-

cas y el deseo de no conformarse. Y cuando lo hagan, verán que el vínculo con los padres va a ser el mismo que en una familia no gitana», concluye.

CARMEN FÉLIX YOAO • GIJÓN, 24 AÑOS

«O ESTUDIABA O TRABAJABA»

G.G.U. / BURGOS

Ni las cuatro hermanas mayores de Carmen Félix ni ninguno de los miembros de su familia extensa han estudiado, ella es la única. «Mi familia siempre me apoyó y cuando terminé la ESO fueron muy claros: o estudiaba o trabajaba», explica, destacando que al ver que «mis hermanas no tenían ningún futuro porque ahora tienen trabajos precarios o no tienen, decidí estudiar». Cursó Pedagogía en Oviedo y, al mismo tiempo, se formó en temas de Igualdad, aunque destaca que

ella quiere enfocar su carrera al ámbito de la discapacidad.

Nada más terminar los estudios el pasado verano, la Fundación Secretariado Gitano le habló de las becas Luis Sáez y una vez que confirmó que le cubriría la matrícula, la manutención y el alojamiento, decidió presentarse para ver si podía hacer el máster en Investigación en Psicología y Ciencias de la Educación en la Universidad de León. En Asturias estudió mediante subvenciones y aportaciones familiares, así que las condiciones de la beca le animaron a dar el paso.



Ya licenciada, trabaja en la Fundación Secretariado Gitano como técnica de Igualdad, un campo en el que sigue formándose -«para intentar empoderar a las gitanas jóvenes»- pero sin perder de vista la abogacía. De ahí que esté preparando el máster de acceso. «Creo que poco a poco esto se normalizará. Ahora hay niñas gitanas en el instituto de mi pueblo y otra se ha matriculado este año, también en Derecho», apunta esta joven, que cree que el principal obstáculo es «el tema del matrimonio. Cuando una gitana estudia, sabe que tiene que renunciar a tener novio, pero yo creo que se puede compatibilizar. Igual que hacen los payos», concluye.

«En la facultad no podía hablar caló y en casa tampoco podía hablar de forma distinta»

gocios) y solo lo tenía Burgos, así que me matriculé en la UBU».

Cuando esta gitana de 28 años echa la vista atrás, se da cuenta de que «me trataban por loca, decían que qué gitana más rara era» pero no puede ocultar el orgullo. «Abrí la veda y ahora noto un cambio. Mis primas más chicas dicen que quieren ser como yo y mi hermano pequeño también está estudiando porque tenía claro que se quería cualificar y tuvo un referente en casa», cuenta.

En el futuro, le gustaría encontrar trabajo en el extranjero o en una gran capital española.

«Pude hacerlo porque no tenía responsabilidades en las tareas de casa ni con niños»